



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1192

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24

VIERNES 24 DE FEBRERO DE 1889

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LO PRESUMÍAMOS

No nos extraña que no de resultados satisfactorios la campaña emprendida en favor de las procesiones de Semana Santa; no es la primera vez que la hemos hecho con escaso fruto; la última que encaminemos al mismo fin, alentados por la esperanza de que nos escuchasen alguna vez los que hasta el presente no han querido escuchar.

Decimos que no los resultados porque nos consta que no los da. Al menos así nos lo ha manifestado un pro-esionista que, por el cargo que desempeña en la cofradía á que pertenece, tiene bastantes y aun sobrados motivos para saberlo.

Las comisiones nombradas para reunir fondos no están contentas. Los que las forman alentaron la esperanza de que, ante el temor de que la población cartagenera se trasladara á Murcia atraída por las suntuosas fiestas que se celebraran en la capital de la provincia, saldría el comercio de la indiferencia en que está encerrado y haciendo un esfuerzo sin sacrificios, auxiliaría con entusiasmo á los procesionistas para echar á la calle las procesiones. Pero se han engañado las comisiones: hoy, como ayer, y como siempre, el comercio responde al llamamiento solo por compromiso y procura salir del paso con donativos insuficientes, que más parecen limosnas que cantidades á reintegrar con crecido interés.

Sensible es lo que ocurre. Mientras el comercio murciano dá á manos llenas con la esperanza de recoger mañana de los forasteros el dinero gastado en fiestas, aquí tenemos por divisa al antiguo refrán «el buen paño en el arca se vende.»

Y no hay tal; como no se le ex-

ponga en el escaparate, extendido en artísticos pliegues, alumbrado con luz eléctrica y además se le anuncie, nadie vendrá á comprarlo.

Así lo han entendido los unionenses. Aquel comercio ha comprendido que de no contribuir á las fiestas religiosas corre peligro de perder la parroquia en Semana Santa y acudiendo en masa á las cofradías ha ofrecido pagar las procesiones. De esa manera contribuirá á que La Unión no se desborde en dirección á Murcia y Cartagena y el dinero quedará allí, en las cajas de ese mismo comercio que tan bien conoce sus intereses.

Es necesario salir de esta apatía. Es preciso hacer procesiones, pero con lujo para atraer millares de forasteros. Sino tienen este requisito es como sino se hicieran.

Al punto que han llegado las cosas con la actitud que Murcia ha tomado, no hay más que un dilema:

Ó atraer ó ser atraídos.

TIJERETAZOS

Un telegrama de Manila dice que los yanquis se vieron obligados á rechazar á un pequeño destacamento de tagalos, temiéndose que retirara estos con pérdidas considerables.

Por más que haga no puedo poner de acuerdo lo subrayado.

Pero deduzco una consecuencia. Que los yanquis muestran gran afición al cultivo de la fantasía.

Y de un grano de arena hacen una montaña si les conviene.

Dice *El Imparcial* que el día de anteayer fue un día perdido para la patria.

Entre tantos perdidos poco importa uno más.

¿Y acaso no estamos acostumbrados los españoles á hacer tiempo y gastarlo?

Pues en haciendo un poco no se ha perdido nada.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La Telepatía y la Clarividencia.

Al hablar de cosas extrañas, que salen de los dominios de la ciencia experimental, no es nuestro ánimo entrar en discusiones abstractas, que nos llevarían demasiado lejos. Dejemos únicamente establecido que hay sucesos extraordinarios, fenómenos inexplicables por los procedimientos normales, que prueban que la criatura humana no está compuesta solo de materia, sino que hay en ella un espíritu, un alma,—fenómenos contra los cuales se estrellan impotentes y sin valor alguno las pretendidas explicaciones de la ciencia materialista.

Y antes de llegar al caso individual y concreto que me propongo tratar, recordemos una fuerza misteriosa, de que se habla con frecuencia, denominada *Telepatía*, que consiste en la facultad que poseen algunas personas de comunicarse á distancia, ó de tener conocimiento de un suceso que se verifica lejos. No se habrán aportado hasta ahora pruebas positivas de esta misteriosa facultad. No se conocen sino casos aislados, que podían estimarse como un indicio y un punto de partida para investigaciones más detenidas.

Una persona muere, y un amigo ó pariente suyo, que se encuentra á gran distancia, tiene en el mismo instante la idea repentina, pero consoladora, de aquella muerte. Se apunta el día y la hora, y resultan estrictamente exactas. Casi todos mis lectores habrán oído referir un hecho de esa naturaleza, con caracteres indiscutibles de verdad.

Pues bien; un diario norteamericano ha referido hace algún tiempo que Edison trabaja en un aparato que es una aplicación mecánica de la telepatía. El aparato es un pequeño teléfono de bolsillo, parecido á una caja de reloj. En la esfera tiene una aguja que obedece á la acción de una bobina colocada en lo interior.

El aparato permite comunicarse á

cualquier distancia con otra persona provista de una máquina semejante. Según el ilustre electricista americano, el pensamiento de un individuo basta para producir una corriente eléctrica capaz de poner en movimiento el aparato y de efectuar la transmisión. Edison asegura que se trata de un fenómeno de simpatía eléctrica, que puede considerarse como absolutamente comprobado.

A primera vista, el descubrimiento de Edison, parece el *nos plus ultra* de la novedad; pero aun siendo tan extraordinario, ya le han encontrado los franceses un precedente en las obras de cierto jesuita loronés, que escribió en el siglo XVII con el pseudónimo de Van Etten.

«Algunos han creído—dice este autor—que por medio de un imán ó otra piedra semejante, dos personas ausentes podrían comunicarse. Por ejemplo si Claudio se encuentra en París; y Juan en Roma, y ambos tienen una aguja frotada con alguna piedra cuya virtud fuese tal que á medida que se moviera una aguja en París la otra se moviera de igual manera en Roma, sería posible que Claudio y Juan tuvieran el mismo alfabeto y convinieran hablarse todos los días á tal hora, estableciendo alguna señal para saber que eran ellos, y no otro alguno, quien mantenía la comunicación.» Van Etten terminaba la explicación de este extraordinario fenómeno, con una declaración personal de excepcionismo. «La invención es hermosa—decía,—pero no creo que haya imán que posea esta virtud.»

Otros ensayos análogos se han hecho en épocas en que había más fé que ahora en las propiedades cultas de las cosas; pero ninguno se asemeja tanto al invento de Edison como el que describe Van Etten.

Pero donde se encuentran abundantisimos testimonios de la creencia en la posibilidad de comunicarse por medio del pensamiento, es en el Folklore de todos los pueblos. No hay país en que no existan numerosas leyendas y consejas de amantes separados por larguísimas distancias y cuyos espíritus se comunican.

Entre ellos no sirve de intermediario ninguna aguja imantada, ni aparato alguno; una flor, una hoja, un espejo en-

tregados por el ausente á su amada revelan de varios modos las vicisitudes de aquel en lejanas tierras, ó bien son los sueños y las apariciones el medio de la comunicación telepática.

El invento de Edison tiene ya su leyenda en estas poéticas consejas de otros tiempos. Si verdaderamente se confirma, será la mayor de las invenciones de este siglo, ante la cual el telégrafo eléctrico y el teléfono parecen antiguallas propias de pueblos que están en la infancia de la civilización.

Como quiera que sea, lo único que se desprende de estos fenómenos como verdad luminosa é indestructible, es que en ellos entra en juego algo distinto de la simple materia. Tanto las leyendas antiguas como las observaciones científicas de nuestros días, presumen necesariamente un elemento espiritual, un alma. No pretendamos decir que haya en ellos una intervención divina; no, la Iglesia no se pronuncia sobre ellos; lo único que afirma es la verdad clara y ostensible, esto es, que salen del orden estrictamente físico y material.

Vengamos ahora al hecho concreto y ruidoso de que me proponía hablar,—sin intentar una explicación, pero que con sólo exponerlo, constituye un rudo golpe para la ciencia materialista.

Todos los diarios de París, aun los más simpáticos, aun los que hacen profesión de libre pensamiento, han dado cuenta, bajo la fé de testimonios irrecusables, del hecho de que la hermana María Magdalena, una de las monjas de Caridad quemadas en el incendio del Bazar de Caridad de la calle Jean Goujon, había tenido el presentimiento, y aun había anunciado explícitamente que se moriría quemada en esos, precisos días.

Lo más que han hecho algunos diarios incrédulos, para desvirtuar el presentimiento de la Hermana María Magdalena, ha sido observar que en un almanaque antiguo publicado en Londres, se predecía con exactitud el incendio de París. Pero es evidente que esto no altera ni desvirtua en nada la previsión profética de la Hermana.

DR. ANDES.

[Se continuará.]

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 711

la dama... vamos á ver cómo es la dama: levanta el dedo.

Dejó libre la baraja Malegarde, la vieja tomó la primera porción de la baraja y puso sus diez cartas hacia arriba, en dos hileras, la una sobre la otra.

—La dama es rubia, dijo, y es blanca, y es joven; y es hermosa: ¿me engaño, borrego?

—Es que yo no sé como es la dama, dijo Malegarde.

—Como que no la buscas para tí: la dama se ha perdido esta noche á las doce con otro que no es ni su marido ni su pariente; y este otro llevaba dinero debajo del brazo.

—¡Ah! ese es el bulto pesado que decía mi amo, exclamó asombrado Malegarde.

Pero meditando un momento y repeniéndose, añadió:

—Vamos claro: yo no buscaba una bruja, sino una vieja; ¿entiendes tú, tía Zapata? ¿y sabes por qué buscaba una vieja? porque las viejas han de oler y saber todo lo que pasa en la vecindad, aunque sea de noche, y haga frío y nieve, y no se puedan asomar las narices á una ventana sin coger una pulmonía; yo dije: cuando mi amo me manda buscarla, es hermosa; cuando se ha perdido, es que es mujer de historia: las viejas hacen las historias,

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 701

dármelas, porque si no, no aprovechará de nada el conjuro.

—Con dos de á dos te contentarás, dijo Malegarde, poniéndose de repente de muy mal humor; y con la condición que si no aciertas, vuelvo, le enderezo de un puñetazo á tu Adonis la Joroba, y á tí te disloco.

Deogracias gruñó como un mastín de rebaño; y si Malegarde hubiera tenido ojos por detrás, le hubiera visto meterse la mano entre sus ropas como quien busca un puñal.

Entre tanto, la tía Zapata barajaba con sus dedos, semejantes á sarmientos.

—Vamos, dijo, sean en buen hora de á dos los dos doblones; pero para cortar la baraja, póntelos en la mano izquierda y sujétalos con el dedo de corazón.

Malegarde, que hasta cierto punto creía en la virtud de las cartas y en otras virtudes de este género, se puso los dos doblones de á dos en la mano y cortó.

La tía Zapata hizo cuatro montones de las cartas; luego los puso uno sobre otro en cruz.

—Toca las cartas con el dedo del corazón de la mano derecha, dijo.

Malegarde obedeció.

—Tú buscas á una dama, dijo la tía Zapata, y la buscas, no para tí, para otro que es mas que tú; y

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 707

—Verte.

—¿Quién le envía?

—No me lo ha dicho.

—Me envió yo á mí, abuela, contestó Malegarde.

—¿Hidalgo dijiste, Deogracias? ¡Truhan y muy truhan!

—Tu eres de las mias, abuela: me has conocido, dijo Malegarde.

Y embistió por la escalera, que tembló toda bajo la rápida y fuerte subida de Malegarde.

—¡Eh! ¿no oís que mi mujer está en la cama? dijo todo alarmado Deogracias.

—Como si estuviera en el ataud, infame, dijo Malegarde desapareciendo por la puerta.

Se encontró en un corredor oscuro.

—Por aquí, tunantuelo, por aquí, dijo la tía Zapata.

—Lo menos tienes sobre tu alma los ochenta, dijo Malegarde volviéndose á tientas hacia donde había sonado la voz, y encontrándose con una puerta.

—Ochenta y ocho, hijo mío, ochenta y ocho, dijo ya muy cerca de Malegarde la tía Zapata; pero eso no le hace: á mi marido, á mi Deogracias, le parezco una rapaza de catorce años; y mientras él me vea joven, por joven me tengo.